

Desembarcados, pues, en el puerto nuestros Padres, hallaron al P. Antonio Sedeño, de nuestra Compañía, con un compañero, que fueron las reliquias que habían quedado de aquella gloriosa escuadra de Religiosos de la Compañía, que en la Florida derramaron su sangre por la predicación del santo Evangelio á manos de aquellos bárbaros, como tengo escrito en nuestra Historia de los triunfos de la Fe, y por eso no se repite en ésta. El Padre Provincial Pedro Sánchez, en navío de aviso que partió de España, antes de embarcarse había escrito al P. Sedeño que lo aguardase á él y á sus compañeros en la Nueva España, para donde se partirían en la flota del año siguiente. Con esta orden se partió de la Habana, donde estaba, á la Nueva España el P. Sedeño para aguardar la santa compañía de sus hermanos, que esperaba previniendo hospedaje, como lo hizo cuando llegaron, con grande alegría y abrazos que pide la caridad para con peregrinos que venían á un Nuevo Mundo, que en aquel tiempo no estaba tan conocido como está al presente. El hospedaje que les tuvo prevenido fué muy conforme al que solían tener nuestros primeros Padres en los lugares donde no había Casa ó Colegio de la Compañía: éste fué un hospital que se acababa de fundar por orden del Virrey D. Martín Enríquez, que en aquel tiempo gobernaba este Reino, el cual con el insigne celo que tenía del bien público, mandó hacer esta obra para que tuviesen amparo, así los religiosos como los que caían enfermos de la gente que todos los años venía en las flotas, y con el nuevo y caluroso temple, cual es éste, ó con el cansancio del viaje, tienen necesidad de reparo en la salud. Esta fué la posada que á nuestros religiosos tenía preparada el P. Sedeño y donde ellos se hospedaron con mucho gusto.

Antes que llegaran los Padres se tenía ya noticia en la ciudad de México, que dista ochenta leguas del puerto, cómo venían en la flota religiosos de nuestra Compañía. Era á la sazón Inquisidor Apostólico en este Santo Tribunal, D. Pedro Moya de Contreras, que después fué dignísimo Arzobispo de México y tuvo otros grandes puestos, de que habrá mucho que decir adelante. Este señalado personaje tuvo siempre gran voluntad y afecto á la sagrada Religión de la Compañía, con grande concepto de sus ministerios, y había cobrado ese concepto siendo años antes Provisor del Obispo D. Bartolomé de Torres en la gran Canaria, al tiempo que, como queda dicho, el P. Diego López anduvo en misión en aquellas islas, y al presente venía señalado por Rector del Colegio que se fundase en la ciudad de México. Sabiendo, pues, el Inquisidor que el dicho Padre venía con los demás religiosos en la flota, tenía dada orden á los Ministros de su Santo Tribunal, que estaban en el puerto, que en llegando los recibiesen, y cuidasen de su comodidad y regalo con toda vigilancia. Y en cumplimiento de este mandato vinieron luego al hospital ofreciendo á los Padres cuanto hubiesen menester para su avío; pero ellos se contentaron, el poco tiempo que aquí estuvieron, con su posada y hospital de pobres. Pero ya que no tuvieron lugar ni tiempo el Comisario y Ministros de la Inquisición, para la demostración de caridad que les había encargado su Inquisidor, en recibir á los nuestros en este puerto, los llevaron de él á la ciudad de la Veracruz Vieja. Al entrar en ella les salieron á recibir, con muestras de grande alegría y benevolencia, la Clerecía, Justicia y Regimiento, y todos fueron derechos á la Iglesia mayor á dar gracias á Nuestro Señor de su feliz viaje. Hecha oración

en la Iglesia, los llevaron los Ministros de la Inquisición á una posada que les tenían muy aderezada y compuesta, donde tuvieron más lugar de ejercitar con los religiosos la liberalidad y mucha caridad que el Inquisidor les había encomendado, la cual procuraban moderar nuestros religiosos cuanto les era posible. Detuviéronse aquí nueve días descansando del viaje; quiso y pidió el Cabildo de la ciudad que el Padre Provincial Pedro Sánchez les predicase día de la Santa Cruz, á devoción de su ciudad é Iglesia, lo cual no pudiendo excusar el Padre, como persona de grande talento predicó un sermón tan devoto y grave, que fué causa de que todos quedasen notablemente aficionados á los Ministros evangélicos que Dios de nuevo les enviaba, y muy deseosos de gozar de sus ministerios en este puerto, lo cual andando el tiempo tuvo su cumplimiento, como adelante veremos.

CAPITULO X.

SALEN LOS NUESTROS DE LA VERACRUZ
PARA LA CIUDAD DE MÉXICO, PASANDO POR LA DE LOS ANGELES.

Tenían orden el Comisario y Ministros del señor Inquisidor D. Pedro Moya de Contreras, de despachar á nuestros religiosos con toda comodidad y á su costa, desde la Veracruz hasta México, distancia de ochenta leguas, camino que en aquel tiempo no estaba tan poblado ni con las comodidades que hoy tiene. Por lo cual y por la mucha caridad que el Inquisidor hacía á los nuestros, mandó al que hacía oficio de alguacil de la Inquisición, viniese en su compañía haciéndoles el gasto y cuidando de su comodidad y regalo en las posadas y ventas, que en tiempo que sube la gente de la flota, suelen estar muy embarazadas con pasajeros. Excusaron los Padres esta grande liberalidad, lo uno, por su modestia, y lo otro, porque el Rey había mandado á los Oficiales Reales de la Veracruz que les diesen el avío necesario, cabalgaduras para el camino y todo cuanto fuese menester para la cura de cualquiera de ellos que cayese enfermo. Piedad y liberalidad Real, que hasta hoy dura con los que por orden de S. M. y su Real Consejo pasan de España á las Indias, para la predicación y dilatación del Evangelio en estas partes. Los Oficiales Reales pretendían disponer el viaje de los Padres con toda comodidad, pero á ellos se les hacía largo el aguardar otras, que la de una recua de mulas enjalmadas que allí se hallaba, y así en ellas, aunque algunas iban con carga, se pusieron en camino, cubiertos los que no tenían manteos, con unas pobres frazadas: que siempre resplandeció la santa pobreza de los nuestros, y más en particular á los principios de nuestras fundaciones. Los pasajeros que bajaban de México á la Veracruz y encontraban la tropa de religiosos peregrinos, y algunos de ellos personas graves, en aquel traje, se edificaban, y los huéspedes de las ventas usaban de mucha caridad con ellos, cuidando que nada les faltase.

Llegaron á la Puebla y ciudad de los Angeles, que es la segunda en grandeza de la Nueva España, de la cual hablaremos más despacio

cuando lleguemos á la fundación de sus Colegios. Esta ciudad está veintidós leguas antes de llegar á la de México: teniales Dios preparada posada á nuestros religiosos en la de los Angeles, muy propia de la caridad que estos celestiales espíritus usan con los hombres, y más con aquellos que venían á hacer oficio de ángeles. Estaba en esta ciudad una persona muy noble, y de grande ejemplo de cristiandad, sobre que caía la dignidad de Arcediano de aquella santa Iglesia, llamado D. Fernando Pacheco; tenía noticia de que los de la Compañía habían de venir á la Nueva España, y labró una casa de su vivienda con intento de dársela para su habitación, si en algún tiempo fundasen en esta ciudad los Padres. Cuando llegaron á ella se fueron á una posada común para descansar aquella noche, y á la mañana, día de San Mateo, se repartieron para decir Misa los que eran sacerdotes en algunos conventos de religiosos. Mas al punto que el Arcediano supo que habían llegado los nuestros, los salió á buscar, y con tantas muestras de amor, que hizo grande instancia con el Padre Provincial para que se fuesen todos á hospedar á su casa, lo cual al fin tuvieron de admitir, y trocar el mesón donde estaban por otra posada tan llena de cristiana caridad, como era la que aquí Dios les ofrecía. Entraron en ella, y sucedieron aquí dos cosas dignas de notar. La primera, fué que llegó á mostrarse tanto la humildad y caridad del muy noble y piadoso Arcediano, que sin ser posible hacerle resistencia quiso por su propia persona lavar, y lavó los pies á sus huéspedes, costumbre muy propia de los cristianos de la primitiva Iglesia, y mucho antes la usó el Patriarca Abraham con los ángeles que llegaron á su tabernáculo en forma de peregrinos, y el Arcediano la usó para mostrar el gusto que tenía con la llegada de los que tanto deseaba tener por moradores de su casa. Aquí cayó uno de ellos enfermo, el cual con el compañero que le asistía, fueron muy cumplidamente regalados. La segunda cosa muy digna de notar, fué que como el Arcediano tenía intentado dar aquella casa de su morada á la Compañía, movido de su piedad y caridad en que era muy señalado (ó Dios que le movía á esa acción), en el frontispicio y entrada de esta casa, y antes que los de la Compañía viniesen de España, había puesto un título esculpido en una losa que decía *justi intrabunt per eam*, anuncio que con grande gozo suyo se cumplió este día cuando entraron por sus puertas nuestros religiosos, y mucho más, después, cuando se fundó Colegio en esta ciudad y se edificó su morada en esta misma casa, con que recibió pleno cumplimiento el afecto de persona de tan grande piedad y rara virtud, que era famosa en la ciudad de los Angeles y en toda la comarca.

Los demás eclesiásticos y seglares se aficionaron tanto á nuestros religiosos, el poco tiempo que aquí estuvieron, que con grande solicitud hicieron instancia con el Padre Provincial Pedro Sánchez, y aun le hacían fuerza, para que antes de pasar adelante, dejara algunos de nuestros Padres y hermanos para que diesen principio á alguna fundación ó Colegio en esta ciudad, y el título de que se hubo de valer el Padre Provincial para que se desistiesen de su intento, fué decir que tenían obligación de presentarse todos conforme al orden y carta de S. M. á su Virrey de la Nueva España, y dándoles esperanzas de que adelante se les cumplirían sus deseos, los dejó consolados y dispusieron su partida para México. El P. Antonio Sedeño se había par-

tido antes á esta ciudad á preparar la posada donde habían de ir á parar, la cual fué muy conforme al espíritu de religiosa pobreza que los nuestros profesaban, el hospital de Nuestra Señora que en esta ciudad fundó el señalado Hernando Cortés, Marqués del Valle, que ganó el Reino de la Nueva España y en ella tiene el grande estado que le dió el Emperador Carlos V, de gloriosa memoria, en premio tan merecido de una tan insigne y nunca oída hazaña, cual fué descubrir y sujetar á la corona de España un Nuevo Mundo, y el Marqués en reconocimiento de los bienes temporales y victorias que Dios le había dado, fundó el dicho hospital, situándole gruesas rentas para la cura de pobres enfermos, que aquí con singular caridad son curados, y repartiendo con Dios en sus pobres de las grandes riquezas que el mismo Señor le había dado. Y antes que digamos cómo fueron aquí hospedados nuestros religiosos, y la alegría que recibió la insigne ciudad de México cuando supo que se les habían cumplido sus deseos de ver en ella los Ministros evangélicos de la Compañía, me hallo obligado á hacer descripción de ciudad tan esclarecida y señalada en el Mundo.

CAPITULO XI.

DESCRIPCIÓN DE LA CIUDAD DE MÉXICO, INSIGNE EN EL ORBE.

§ I

De su sitio y puesto de su laguna.

Son grandes las razones y singulares los títulos por que se debe hacer descripción de la imperial ciudad en el Nuevo Mundo, aunque esto será abreviando cuanto fuese posible su narración, porque si se hubiera de escribir todo lo que se puede decir de ciudad en que concurren tan singulares grandezas, pedía larga historia, y siendo muchos los cronistas que la hacen, á ellos podrán recurrir los que gustaren de leerla más dilatadamente. Yo en este capítulo reduciré á títulos los que hacen señalada é insigne á esa nobilísima ciudad entre las del Universo Mundo. Estos son, un singular puesto y asiento en medio de una grande laguna de agua de que está cercada: lo segundo, el innumerable gentío de Indios que cuando la ganaron los Españoles la poblaban y ser hoy la mayor que en las Indias Occidentales pueblan los Españoles, y aun de las que en la India Oriental hay pobladas de cristianos. Lo tercero, ser cabeza del imperio mexicano, donde tenía su asiento, cuando los Españoles lo ganaron, el señalado y grande Emperador Moctezuma. Y sobre todo, el título que hace más gloriosa y dichosa á esta ciudad, es que en ella se dió principio y abrió la puerta á la conversión á nuestra santa fe de un Mundo entero, y siendo en ella singularmente venerada esa fe divina, se ha dilatado á otras muchas Provincias y remotos Reinos, y de todas estas grandezas y títulos iremos escribiendo por su orden.

Y viniendo al primero del singular sitio y puesto de esta gran ciu-

dad, digo: Que está fundada en una grande y celebrada laguna de agua que se recoge y rebalsa en medio de un grande valle, ó llanada, que tiene á lo largo de Norte á Sur catorce leguas y de ancho siete, y en su circunferencia cuarenta. Esta laguna está por todas partes cercada, ceñida y coronada de altas serranías y hermosos montes, poblados de pinos, cipreses y altísimos cedros, y en los llanos y prado que deja libres de agua la laguna, están plantados alegres jardines y huertas de notable amenidad, recreación y frutos. La redondez de la cumbre de montes que á México miran, es de setenta leguas en circuito, y de sus vertientes bajan varios ríos que aunque no muy caudalosos, pero juntándose con arroyos menores y aguas llovedizas vienen como á su centro porque no tienen otro, á parar á la muy nombrada laguna de México, en medio de la cual esta gran ciudad desde sus principios estuvo edificada, y de su primera fundación hecha por los Indios mexicanos que llegaron á esta tierra, escriben cosas bien singulares los cronistas á los cuales me remito. El bajo de la laguna tiene diez y seis leguas de haz, aunque sus aguas están divididas y encarceladas con calzadas y albarradas bien anchas, hechas á mano con céspedes y piedra. Tres de ellas, las más amplias, sirven de camino para entrar en la ciudad, así personas como cabalgaduras, carros y carros. Y estas calzadas á lo largo, tienen más de legua, dejando á sus orillas las aguas de la laguna: de ésta, como brazos y ramas que de ella salen, atraviesan por medio de la ciudad algunas acequias de tal capacidad, que por sus aguas bogan muchos barcos pequeños que se llaman canoas, y en ellas se tragina parte del bastimento de que necesita ciudad tan populosa. De estas acequias y calzadas, algunas tenían hechas los Mexicanos antiguos, antes que los Españoles llegaran á esta tierra, pero estos las han multiplicado y amplificado con mucha grandeza, con que esta insigne y hermosa ciudad se queda fundada en medio de su laguna, celebrada en todo el Mundo.

En tiempo de los Mexicanos gentiles, es cierto que padeció México varias inundaciones que obligaban á muchos de los Indios á retirarse para vivir en chozas á los cerros comarcanos, hasta que bajase el agua de la laguna, empleándose otros millares de ellos en aderezar sus albarradas y calzadas. Después en tiempo que ya la poblaban Españoles han sucedido otras inundaciones que se remediaban, añadiendo nuevas calzadas, para reparar la entrada de las aguas en el charco inferior de la laguna, que es donde México está fundado, hasta que el año de 1607, en que gobernaba segunda vez este Reino D. Luis de Velasco (á quien después por sus grandes méritos se le dió título de Marqués de Salinas), se tomó por acuerdo último, después de largas consultas de grandes ingenieros, abrir un desagüe para sangrar la laguna cuando creciesen sus aguas. Y aunque este desagüe se dificultaba por la grande suma de plata y gente que había de costar esta obra, para dar salida á un río entero de agua, con todo, se dió principio á tan grandiosa obra, que se puede decir de ella que no la emprendieron mayor los romanos. Y aunque hoy no está de todo punto acabada y perfeccionada, con todo, ha sido de grande importancia, utilidad y provecho, porque algunos tiempos del año que es menester divertir las aguas que habían de ir á parar al centro de la laguna, sale por el desagüe, cuerpo de seis varas de ancho y cuatro de fondo de agua, y es obra ésta de todas partes tan grande, que hasta hoy se han gastado en ella seis millones

de plata. Han trabajado en ella lo ordinario, quinientos peones sin oficiales y sobrestantes, y á veces mil personas, y ha durado su fábrica la mayor parte de los cuarenta años que há que se comenzó. Porque aunque algunas temporadas ha parado, pasadas esas, se ha vuelto á proseguir esta grande obra: y no será razón que yo callase aquí lo mucho que en esta grande obra debe la ciudad de México y todo el Reino (que en ella tiene su trato y comercio), al M. R. P. Comisario de la seráfica Orden de San Francisco, Fray Luis Flores, el cual, después de varias consultas que sobre esta materia de tan grande importancia hicieron los señores Virreyes en concurso de todos los Tribunales y Estados de la república, como obra de que dependía la conservación de todas las fábricas de la gran ciudad de México, que quedara arruinada y asolada, á no librarla de las inundaciones de la laguna; el Reverendísimo Padre, á petición y ruegos del Excelentísimo señor Virrey, Marqués de Cadereyta, se encargó del cuidado y gobierno de esta señalada obra, y de la ejecución de los arbitrios que en las consultas se habían dado, sobre los cuales su piedad y deseo de remediar una tan insigne ciudad del riesgo que corría de quedar arruinada, halló otro señalado arbitrio en particular, para la ejecución de que á tajo abierto corriese el agua de la laguna, y para gastar la inmensidad de tierra que derrumbándose de sus lados azolvaba su desagüe. Y ha surtido tan buenos efectos el acertado arbitrio que halló el Padre Comisario, que hoy están abiertas tres mil varas de zanja, la cual en algunas partes tiene de profundidad desde el plan de lo alto veinte, treinta y cuarenta varas, y se ha gastado toda la tierra que de tan grande profundidad se ha derrumbado, y los socavones que antes debajo de tierra estaban azolvados, se han descubierto y alegrado y corre ya desembarazadamente el agua, con que finalmente la ciudad de México se ve hoy libre de los grandes riesgos en que se vió con las inundaciones de su grande laguna, que la pusieron á contingencia de hacer mudanza de su antiguo puesto, y fundar otra nueva ciudad de México, lo cual ya no es necesario. Y así pasaremos á tratar de la grandeza de sus edificios, así políticos como sagrados.

§ II

Hace insigne á la ciudad de México su grande población y fábricas antiguas y presentes.

Con razón se puede escribir por grandeza insigne de esta ciudad, el innumerable gentío que la poblaba, porque sentencia es del Espíritu Santo que la muchedumbre de vasallos es grandeza de su Príncipe; *In multitudine populi dignitas Regis et in paucitate plebis ignominia Principis* (PROV. XIV, 28). Y la misma sentencia se puede aplicar á una ciudad y república, que lo que la puede engrandecer y hacer insigne y célebre en el Mundo es la multitud de los vecinos y pobladores. En este número y grandeza se puede contar la ciudad de México entre todas las más célebres que en él ha habido, así por lo que llegó á tener de moradores en el tiempo de su gentilidad, como en los que tiene al presente, que si bien no iguala en número y cantidad éste al

pasado, pero lo vence, sobrepuja y excede mucho con la calidad, pues al presente sus moradores son Españoles, é Indios católicos cristianos que gozan de la luz del Evangelio y sabiduría celestial, y los del pasado eran idólatras gentiles que vivían en las profundas tinieblas de su gentilidad, y comparada una república cristiana con una gentilica ignorante de su verdadero Dios, hace la diferencia que hay de una república concertada de hombres que gozan de la luz del cielo y racional, á otra que viviese en unas densas tinieblas de profunda ignorancia y confusión.

El número, pues, de Indios que en su gentilidad y cuando los Españoles ganaron la ciudad de México la poblaban, parece increíble, pero la verdad es por historias auténticas comprobadas y tradición de padres á hijos recibida, que en ese tiempo poblaban ciento veinte mil casas esta insigne ciudad. Muchas de ellas con segundo piso, y que en cada una de ellas habitaban de cuatro á diez vecinos con que según esta cuenta venían á ser sus pobladores trescientos mil, á que se debe añadir, que demás de los que en ella vivían estaba cercada de otras poblaciones llamadas Tacuba y Tacubaya, que hoy, en parte, perseveran, y eran tan cercanas á la de México que se podía caminar dos leguas por poblado, de que se ven hoy rastros muy patentes y continuados á la misma ciudad. Y no se puede negar que como hoy es grandeza de la que fué cabeza del Mundo y hoy lo es de toda la cristiandad, Roma, el haber sido tan populosa como lo fué en tiempo de su gentilismo, así sea grandeza singular de la insigne ciudad de México, que al tiempo que la ganaron los Españoles y con ellos llegó la luz del Evangelio, estuviese poblada de más de trescientos mil vecinos.

Y aunque este número de Indios que poblaban á México desde el tiempo que há que se ganaron las Indias, en gran parte se ha ido minorando y disminuyendo, por las razones que de propósito traté en nuestra Historia de los triunfos de la Fe, y por eso aquí no las repito, pero queda el consuelo de que de aquel innumerable gentío, no debemos dudar fué grande el número de almas, así de párvulos bautizados luego que pasó la conquista, como de adultos, que después de recibida la Fe han ido á poblar el cielo; y permanecen hoy grandes barrios de ellos en que vive lo más noble de la nación mexicana, toda ya cristiana. Y junta ésta á la principal población de siete mil Españoles vecinos de esta ciudad, que son los que más la ennoblecen, y otra innumerable gente de servicio y oficiales de todas obras, es cierto que la hacen hoy muy populosa. A que se añade el concurso de gente de otras grandes poblaciones de Indios y Españoles que, como ya dijimos, tiene México muy vecinas y cercanas, y demás de eso el comercio que aquí concurre de todo el Reino como emporio suyo, es muy grande. Porque aquí está la Silla Arzobispal y Metropolitana de nueve Obispados sufragáneos, como ya dijimos; reside también en ella el gravísimo y apostólico Tribunal de la Santa Inquisición, cuyo Distrito es dilatadísimo y alcanza á muchas Provincias. Grandezas todas estas de la insigne ciudad de México, á la cual también la ilustra el concurso de la juventud que de todo el Reino viene á cursar en su Real Universidad y Escuelas de nuestra Compañía. Y finalmente por residir en ella el Virrey de la Nueva España y Cancillería principal del Reino, es forzoso estar muy frecuentada de gente que concurre á sus negocios. Y á esta fre-

cuencia se añade, que todos los años vienen las flotas de España y también de naos que vienen de Filipinas, demás de la gente tratante de unos cuarenta Reales de minas, cuya plata toda viene á parar á México, de donde se remite en las flotas que vuelven á España. Con que de verdad podemos decir que México es plaza y emporio del Mundo, pues sus riquezas las reparte en todo él, y se le echa de ver ser cabeza de tan grande imperio.

Y para acabar de escribir lo que hace insigne á la ciudad de México, añadido que la ilustran no pocas casas y familias de noble sangre, descendientes de los primeros conquistadores y pobladores, que venciendo con indecibles peligros y dificultades insuperables, fundaron de nuevo este amplísimo Reino, cuya generosidad de ánimos muestra bien descender de tan valerosos y católicos Españoles y que nacen debajo del nobilísimo clima y cielo de México; que cierto es ser de los más benignos y apacibles que se conocen en el Orbe, gozando todo el año de una primavera sin frío ni calor que ofenda. Y de este nobilísimo temple también nace que México sea fertilísima ciudad, no sólo de frutos de tierra, sino también de floridas habilidades de ingenios, y que sus hijos hayan merecido grandes y honoríficos puestos de Sillas Apostólicas, en Dignidades y Prebendas en Iglesias Catedrales, en Cancillerías de los Reinos de España y de las Indias y en otros cargos y plazas de mucho porte.

Síguese ahora lo que también sobremanera engrandece y hace insigne á esta ciudad imperial, esto es, lo señalado de sus fábricas y edificios que es de lo más singular y raro que se halla en el Orbe. Porque demás de lo que queda dicho de la grande laguna donde está fundada, el suelo de la ciudad es todo igual y hecho á mano de terraplén traído de fuera, y de dos estados en alto sobre el agua, aunque ésta vence esa altura en tiempo de grandes inundaciones. Sus calles todas están edificadas de tal forma, que sus lados hacen un lienzo de pared seguida tan á cuerda que no sale de regla la una de la otra, y así poniéndose al principio de cada calle no tiene estorbo la vista hasta el fin de ella, teniendo muchas de largo á media y una legua, y no sólo las que corren á lo largo de la ciudad, sino también las que la atraviesan y forman sus cuadras, que todas son iguales. La amplitud de las calles es tanta, que pueden rodar holgadamente por cualquiera de ellas sin estorbarse, cuatro y cinco carrozas. Los edificios de las casas, demás de ser fuertes de cal y canto y que pueden resistir á las inundaciones de su laguna, son de hermosa arquitectura y bien labradas, no hay calle donde no se vean algunas muy vistosas, y que pueden ser morada de familias muy principales y nobles.

Viniendo á lo sagrado, su templo é Iglesia Catedral Metropolitana, que está en medio de la ciudad y delante de una principal y amplísima plaza, es fábrica de insigne majestad y grandeza en que se han gastado hasta hoy dos millones de plata á que ha concurrido la magnificencia de los Reyes Católicos, cuya piedad siempre se ha mostrado liberalísima, empleando en el culto divino y dilatación de su Fe santa, muchos de los tesoros que en este Nuevo Mundo Dios le ha dado. Y aunque este grande edificio no está acabado ni del todo perfecto, pero sirve ya y se goza de mucha parte de él y de las capillas de sus lados hermosamente labradas. A otro lado de la misma plaza están edificadas las Casas Reales, Palacio grande de los Virreyes de esta Nueva

España, y á esotros dos lienzos de la plaza corresponden portales de contratación y comercio, y sobre ellos las Casas de Cabildo y Regimiento de la ciudad. Iglesias parroquiales demás de la Catedral, tiene otras dos muy extensas en sus feligresías, y estas pertenecen á los Españoles; porque fuera de ellas hay otras cinco que pertenecen á barrios de Indios de que son curas algunas religiosas familias.

Los edificios de Religiones y Casas de piedad son insignes, y comenzaré por las que son fundaciones Reales, porque se entienda que la piedad de los Católicos Reyes no se ha limitado á sólo la fábrica de la Iglesia Catedral como se dijo, sino á otras muchas fundaciones Reales de edificios y casas en que campean nuestra santa Fe católica y culto divino. En cuyo primer lugar está la Real Universidad, y su fábrica (que es de lo que ahora tratamos, que de las eminentes letras de sus doctores y catedráticos hay mucho que decir) está edificada con grande magnificencia con su plaza delante, y muy cerca del palacio del Virrey. Edificio también insigne es el convento de la ilustrísima familia de Santo Domingo, cuyo templo se le echa bien de ver ser obra Real. Fundación también Real, es un convento de religiosas con título de Jesús María, cuya Iglesia es hermosa fábrica de cantería y mampostería, y sus religiosas capellanas de S. M., que tienen á su cargo encomendar continuamente á Nuestro Señor las personas Reales con sus Reinos. Fundación también Real es, una Iglesia y casa, título de San Juan de Letrán, con muchas de las indulgencias del de Roma, y donde se cría número de niños huérfanos, hijos de Españoles. Y finalmente, fundación Real es, la de un amplísimo hospital con su Iglesia, donde todos los Indios enfermos que de cualquiera parte del Reino aquí llegan, con todo regalo y piedad son curados; obras todas que se han fundado á expensas de los Reyes Católicos de España, y debajo de su Real amparo perseveran. Otras hay que aunque no se han edificado con ellas, pero favoreciéndolas S. M., se ha dignado de encargarse de ellas y concedídoles el título de Real Patronato, como son el Seminario llamado de San Ildefonso de colegiales Reales, teólogos y artistas, que tiene á su cargo la Compañía de Jesús, y otro intitulado de Christus, donde se crían y estudian hijos de personas principales y honradas, cuyas becas provee por S. M., el Virrey de la Nueva España. Y por juntar aquí los Colegios de letras de esta ciudad, demás de los dichos, hay otro llamado de Santos, fundación de un señor Prebendado de esta Iglesia Catedral, y de donde han salido personas muy doctas que han ocupado honoríficos puestos.

Viniendo ahora á las demás casas y fábricas de las sagradas Religiones, la seráfica de San Francisco (que con debido título es la primera que plantó la Fe en la Nueva España) tiene tres conventos é Iglesias en México, demás del principal, con su magnífico templo; y las Iglesias de sus otros conventos son parroquiales de Indios; demás de los cuales los Padres descalzos de San Pedro Alcántara, tienen su religiosísimo convento fuera de lo poblado de la ciudad. La Religión del gran Doctor de la Iglesia, San Agustín, tiene cuatro casas con sus Iglesias, siendo la del convento principal, fábrica de grande arquitectura, labor y precio, y parroquiales de Indios las demás. La Religión de Nuestra Señora de las Mercedes tiene dos conventos. El Carmen descalzo, uno con su templo muy bien labrado. Los Padres de San Benito, una Iglesia y hospicio. La Compañía de Jesús tiene

Casa Profesa, Colegio principal, donde á la numerosa y noble juventud de la ciudad, se enseñan facultades mayores y menores, y virtud. También tiene una Casa de Noviciado y dos Seminarios, el uno de colegiales Reales, del cual han salido sujetos muy lucidos, que han ocupado puestos muy principales, como después más de propósito se dirá, y el otro donde se crían en virtud muchos hijos de Caciques Indios, que aprenden á escribir, leer y canto, con que salen aptos, cuando tienen edad para gobernar sus pueblos. Los religiosos de San Juan de Dios tienen su convento, Iglesia muy vistosa y hospital; otro de San Hipólito tiene á su cargo una Congregación de hermanos, que en hábito y profesión de hospitalidad, guardan observancia religiosa, á que se añade el hospital de San Lázaro, con otros de menos porte; y en todos muestra su piedad la ciudad de México, á que finalmente se añaden otros dos, uno del nombre de Jesús, cuya administración toca á la Catedral, y otro el que dijimos que fundó el Marqués del Valle con renta digna de su piedad y liberalidad. Los conventos de religiosas consagradas á Dios y que profesan vida angelical en la tierra, están muy poblados de estas generosas plantas que ofrecen á Dios lo más florido de su edad y pureza virginal, y son quince. Sus templos hermosos, y muchos de ellos de maravillosa arquitectura, labor y adorno, y finalmente, podemos contar como casa de Religión una de Niñas doncellas, donde hijas de personas principales se crían en toda honestidad y virtud, para tomar á su tiempo el estado á que Dios las llamase. Muchos de los templos que habemos dicho de Religiones, son obras muy insignes, y aunque es verdad que con ocasión de las varias inundaciones de la laguna, ha sido necesario terraplenar algunos de ellos y han perdido algo de la majestad que antes tenían en su altura, pero su adorno de retablos dorados, imágenes y vasos sagrados, y lo demás que pertenece al culto divino, pueden parecer y competir con los más lucidos de la cristiandad. Con lo dicho he hecho una breve y compendiosa descripción de lo material de esta insigne ciudad de México, dejando para otro lugar el decir algo (que todo no se podrá) de lo moral, político y noble de sus ciudadanos, que sin adulación ni exageración, la puede hacer célebre en el Orbe.

Y para hacer suma de lo insigne, singular y costoso de sus edificios y planta, y porque se pueda hacer digno concepto de ella, escribiremos aquí los tesoros que en sus muchas fábricas se han gastado, lo cual se entenderá con el suceso siguiente: Los años de 1629 y de 30 sucedió una de las mayores inundaciones de su laguna, que ha padecido en el tiempo de su fundación hecha por los Españoles (aunque en tiempo de su gentilidad padeció muchas), pero en ésta fué tan grande el extrago que hizo en la ciudad, que entre otros arbitrios que se trataron para su remedio, se propuso uno que se confirió en el acuerdo de la Real Audiencia y en los Cabildos eclesiástico y secular, y se remitió á S. M. y su Consejo Real de las Indias. Este fué que la ciudad de México se trasladase á puesto que está una legua distante y más seguro. Y la razón de no ejecutarse el arbitrio fué porque los arquitectos y mejores maestros de fábricas juzgaron que eran menester más de cincuenta millones de plata para edificar de nuevo la ciudad, cuyos edificios están ya hoy muy multiplicados. Y se ha de advertir que no entran en esta cuenta otros muchos millones que se han gastado en sus calzadas, albarradas, presas y costosísimo desagüe. Ni tampoco entra en

esta cuenta otra grandiosa obra, que ella sola podrá hacer insigne á cualquiera ciudad de Europa. Esta es de casi una legua de arcos labrados de cantería sobre los cuales corre una grande atarjea de agua dulce y muy saludable que á toda la ciudad se reparte. Porque la de su laguna no se puede beber por ser algo salobre. Obra ésta en que se ha gastado gran suma de plata, y con lo cual se podrá entender la opulencia que Dios ha dado á esta ciudad, á que si se añade el número de millones de plata que en tantos años ha enviado á España, se echará bien de ver con qué magnificencia, aun en este Mundo, ha pagado Dios á sus católicos Españoles el haber plantado su Fe santa en este Nuevo Orbe. Porque lo cierto es que lo que en primer lugar han procurado siempre esos Españoles católicos en los Reinos que la divina Providencia con admirables sucesos y victorias les ha dado, ha sido que se plante y conserve en ellos la fe apostólica romana. Y aunque en particular no todos los ánimos de los vasallos en sus armadas lleven esa alta pretensión y divino designio, pero lo cierto ha sido que en sus empresas grandes los más valerosos capitanes Españoles, en saltando en las tierras que han ganado, lo primero que han hecho y procurado, ha sido levantar el estandarte de la Santa Cruz de Cristo, mostrando en eso su deseo de que este Señor Crucificado sea conocido y reverenciado de todas las gentes del Mundo. En particular del gran Hernando Cortés, á quien Dios escogió para que descubriese el Nuevo Mundo, se escribe que en su estandarte llevaba esta letra: *Amici, sequamur Crucem* (D. Fernando Pizarro, de Varón Ilustre, cap. 11, observación 1.^a); y habiendo tomado la primera isla de donde pasó á tierra firme de Nueva España, industrió luego en la fe el católico capitán á los Indios que la habitaban, derribando los ídolos que tenían por sus dioses, y los mismos Indios conociendo su error los quebraban y hacían pedazos con sumo gusto, y mayor del capitán Cortés que en su lugar colocó una imagen de Nuestra Señora á que quedaron tan devotos los Indios, que cuando veían algún Español no se les caía de la boca el nombre de María, María; Cortés, Cortés: y á este intento pudiera traer otros muchos testimonios que lo confirmaran, si no temiera el alargarme. Testigos de vista somos, los que aún vivimos, de haber visto derribados por tierra en México gran número de ídolos de estupenda grandeza y forma en que era adorado el demonio, y el que escribe esta Historia alcanzó á ver la gran piedra de forma redonda y labrada de varias figuras que servía de altar en que cada año se sacrificaban veinte mil hombres de enemigos de los mexicanos gentiles, que cautivándolos en guerra, y abriéndoles el pecho y sacándoles el corazón y tirándolo al ídolo se lo sacrificaban; y ya hoy vemos convertido este abominable sacrificio en el sacrosanto, vivífico é ineruento del Cuerpo y preciosísima Sangre del Cordero de Dios, Cristo Jesús, que en tanto número de santos altares de esta dichosa ciudad es sacrificado y se da en manjar á sus vecinos Españoles é Indios. Pues quién con alegre admiración no dará infinitas alabanzas á Dios por esta mudanza para lo cual escogió Dios por instrumento á sus católicos Españoles, y por medio de la cual incomparablemente es hoy más insigne y célebre que jamás lo fué la Ciudad de México.

§ III

Hace insigne á la ciudad de México el ser cabeza del Imperio mexicano, de donde se dió principio á la predicación del Evangelio en el Nuevo Mundo.

Aunque hacen célebre á la ciudad de México lo que queda dicho de su planta, sus edificios y grandiosas fábricas, no menos la ha hecho y hace célebre y señalada el haber sido en tiempo de su gentilismo cabeza del grande Imperio mexicano, y serlo hoy del que ya lo es cristiano. Extendíase este imperio en tiempo de su Emperador Moctezuma por espacio de seiscientas leguas pobladas todas de innumerables pueblos y ciudades. Fueron muchos los reyes que sujetó é hizo tributarios á su corona, y aunque algunas ciudades y lugares grandes no muy distantes á México resistieron á su imperio y sustentaban la guerra contra el Emperador Moctezuma, él por razón de estado y político Gobierno, no cuidaba mucho de rendir y sujetar del todo á sus enemigos, lo uno, porque sus vasallos tuviesen con quien ejercitar las armas; lo otro, por tener víctimas de hombres vencidos, que en gran número sacrificaba á sus ídolos y en ellos á los demonios. La magnificencia de los Palacios que en la ciudad de México tenía este Emperador, el número de criados, y muchos de ellos, grandes señores que se aposentaban en la Casa Real, el aparato de su mesa y manjares que se le preparaban, la reverencia con que le servían, los jardines de flores, estanques de agua poblados de innumerable género de aves acuáticas, el cuarto de por sí para leoneras y animales fieros; todo representaba tal majestad y grandeza de la ciudad de México y su Emperador (Torquemada, tomo 1.^o, § 3, cap. 25 y lib. 2, cap. 88 y 89), que á no estar aprobada con tantos testimonios dignos de todo crédito, y memorias que hoy quedan, pareciera increíble, y de ellos sólo diré aquí lo que pareciera más á propósito convenir. Y sea lo primero, que para guardia y asistencia del Emperador Moctezuma, entraban cada día en su Palacio tres mil hombres, los seiscientos de ellos señores y caballeros muy principales, y aun hay quien diga que llegaban á cinco mil, porque fuera de los Reyes que este Monarca había sujetado, tenía debajo de su imperio treinta señores de á cien mil vasallos y tres mil señores de lugares y pueblos, y otros muchos de prominentes cargos. Muchos de ellos residían en México cierto tiempo del año, en reconocimiento del gran Señor, con mucho número de criados, demás de los nobles continuos de la ciudad y su casa Real. Fuera de estos era grande el número de Indios de servicio en Palacio cercanos al principal, los cuales cuidaban de tener limpios los estanques de agua, que eran muy grandes, y de dar de comer á las aves, animales y fieras que tenía enjaulados, de todos cuantos géneros se hallaban doscientas leguas á la redonda, de suerte que cuando los vieron los Españoles les pareció que jamás habían visto tanta variedad de animales y aves.

Quando llegaba la hora de comer, traían á una grande sala la comida de este Emperador, cuatrocientos pajes hijos de caballeros y tres mil platos de viandas con otros tantos vasos de vino; al pasar por una sala donde el Emperador estaba, significaba lo que gustaría comer de